



**Reloj de una misma arena**

Copyright Fernando Baena Vejarano

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Autoedición

Año 2021

Diseño carátula: [www.ybgcomunicaciones.com](http://www.ybgcomunicaciones.com)

Impresor: [www.autoreseditores.com](http://www.autoreseditores.com)

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido por ningún medio impreso, digital, electrónico, virtual, sonoro, visual o de cualquier otro tipo, ni en todo ni en parte, sin permiso del autor

Impreso y hecho en Colombia

# **Reloj de una misma arena**

Fernando Baena Vejarano



“Pero el orbe novelístico es el mundo de los deseos, de los sueños e ilusiones, de la realidad que no fue o no pudo ser: siempre un poco la inversa del mundo cotidiano; siempre un poco la tendencia a realizar lo contrario de lo que nos rodea. De ese modo, en el siglo del orden burgués proclamó el desorden y la anarquía, y héroes como Raskólnikov pusieron bombas debajo de los puentes y vías de comunicación de la hipócrita sociedad en que sufrían. Pero ahora, cuando las guerras totales y los totalitarismos nos han traído el caos universal, la novelística busca inconscientemente una nueva tierra de esperanza, una luz en medio de las tinieblas, una tierra firme en medio de la gigantesca inundación. Se ha destruido demasiado. Y cuando lo real es la destrucción, lo novelesco no puede ser sino la construcción de alguna nueva fe”.

Ernesto Sábato, *El escritor y sus fantasmas*



### ***Pista***

*Que una cosa sólida no quepa en otra, vaya y venga. Que se cumpla la ley de impenetrabilidad. Pero a ver: ¿estamos en clase de física o de literatura? Hay que considerar que un cuenco es cóncavo para que al pasar la mano por su lijada superficie, la textura le haga sentir a Zeniliana que está acariciando la pata de un conejo. Como se sabe, es de buena suerte. Pero Nadir no tiene bigotitos. Vive en Bogotá, que es una ciudad puercoespín. ¿Cómo hacer entonces para que el líquido del futuro se derrame con calidez, leche para el gato, en la cóncava estupidez de un agnóstico? Arquímedes no ha pensado en todo esto muy en serio, y para colmo no conoció la obsidiana, que es una piedra de propiedades curativas, activadora del primer chakra, capaz de ayudarle a un soñador a pisar tierra firme.*



**Pacha**  
**Finales del siglo XXI**

## UNO

Cuando Zeniliana penetró en mi cuerpo, las ganas de morirme se esfumaron en el milagro de un instante. Sentirme poseído por un alma femenina trastornó mi sentido del equilibrio. Casi me resbalo sobre las baldosas mojadas. Me agarré tan fuerte de la varilla de la ducha que se safó y se cayó al piso. Solté el jabón. Quedé atontado por la sensación de haber ido y vuelto en segundos a otra galaxia, pero seguí al mismo tiempo de pie, desnudo bajo la regadera. Me quedé inmóvil. Se oían las alarmas del edificio, que denunciaban mi delito: haber tenido abierto el chorro por más de tres minutos. No me importaba si venía la policía, ni si algunos vecinos me denunciaban. El agua siguió corriendo, haciendo vericuetos por entre las baldosas de obsidiana, arrepentida de ir en descenso hacia el sifón para subir por su cuenta entre las patas del estante de las toallas como una boa recién liberada de su jaula.

Si yo hubiera seguido dejándome afectar por los desaires de Cristina habría terminado considerando adelantármele a la muerte. ¿Qué es lo que mantuvo con

esperanzas a Odiseo cuando pasaba por sus peores momentos? Que alguien lo esperaba en casa. Cuando yo le cierro la puerta al mundo, me da la bienvenida un caballito de mar. No es lo mismo. Súmese a ser un animal solitario tener que soportar una ciudad convertida en el hospedaje de arenas fatigosas. Esa habría sido la fórmula química para que yo pensara en el suicidio. Pero aunque nadie me habría llorado, no habría sido de buen gusto. Piénsese por ejemplo en la habitual solución de tirarse por la ventana: ni el aplastamiento del cuerpo en un andén, en medio de multitudes afanadas, ni el charco de sangre al pie de la recepción de un hotel resultan estimulantes para los eventuales testigos del paracaidista. Por eso hubo en Bogotá, hasta mediados del siglo XXI, numerosos métodos para impedir suicidios. Ya para la época en que estuve deprimido no existían equipos de rescatistas, sino que las muertes a mano propia hasta provocaban suspiros de alivio. Uno menos con quien competir por un sorbo de agua. Pero antes le ponían un colchón inflable cincuenta metros abajo al que se quería tirar de un puente. Abrazaban por detrás y por sorpresa al que se quería lanzar de un piso ciento cincuenta. Había equipos de salvavidas disponibles para impedirle a cada quien que de acuerdo con sus gustos lograra su cometido. A los golosos los llevaban al hospital a toda prisa para hacerles lavados de intestino. Yo hubiera aprovechado para hacer alguna especie de *performance* político: me habría tomado una botella de agua llena de veneno frente al edificio del ministerio de medio ambiente, disfrazado de río

Magdalena o de Manatí, para protestar por un siglo de indiferencia mundial ante el cambio climático. Ese disfraz hubiera sido divertido. Habría saciado mi sed.

Pero nada de esto fue necesario. De la verdadera sequía y muy a tiempo me salvó Zeniliana. Cuando uno conoce a alguien por primera vez, así sea tras largas horas de buena compañía, el recuerdo se esfuma rápidamente. En cosa de días ya casi ni se recuerda el rostro o el tono de voz. Muy al contrario, mi imagen de Zeniliana siguió siendo precisa por semanas enteras, de día y de noche. Me había quedado tatuada en pecho y espalda –por así decirlo. Yo era un beduino perdido y ella una totora egipcia en la que me embarcaba para navegar hacia alguna salida. Ella había bautizado mi cuerpo fluyendo por la coronilla, como leche que llena un jarro.

Bastó con recordarla de allí en adelante para que en mis clases se me olvidara arremeter contra los climatólogos oficiales. No me importó que en un noticiero internacional hicieran caso omiso de mi nombre cuando mencionaron a los pioneros que veinticinco años atrás habíamos anunciado que el ecosistema global no volvería a presentar períodos de lluvias complementarias. Al niño ya no lo sucedería la niña. Porque así como las nuevas rutas atmosféricas serían en adelante la pesadilla huracanada del golfo de Méjico, la decepción de una India sin Ganges, la asfixia mortal de una Europa recalentada y sin glaciares, el alivio momentáneo de los climas mediterráneos de Inglaterra e Islandia; asimismo la interrupción de la

corriente del golfo sumada al deshielo del permafrost de Groenlandia darían el tiro de gracia para poner a Australia a competir con Colombia por ser la tierra más ajada y seca.

No se cómo supe que ella se llamaba Zeniliana. Nuestra primera cita había sido un acto de fe.

## DOS

Volví a pensar mil veces en la escena de la ducha. Tenía la impresión de haberla visto a ella, también a ella, debajo de un chorro de agua, solo que amplio y fresco, abundante y muy sonoro; una cascada. Pensé en África, no sé por qué. Vi jirafas, vi llanuras con altos árboles disponibles para sus cuellos elongados, dignísimos. De pronto ya no sentí enclenques mis piernas. Mis cincuenta años de edad desaparecieron. Vi panteras elásticas persiguiendo presas por entre las antiguas selvas del amazonas, -antes de que se convirtieran en estepas amarillas. Se siente muy espiritual sentirse un animal. Mis brazos de ratón de biblioteca eran ahora los de una cachorra de hombre lobo, una de esas míticas furias negras. Yo era una Valkiria.

Mi piel se sentía suave. Mis pulmones estaban limpios, como cuando de niño lograba encontrar una zona verde para tenderme boca arriba bajo un árbol. Miraba alrededor con sus ojos, no con los míos. Hasta me preguntaba, a nombre de ella, confundido, qué cosa

sería ese extraño objeto que estaba enfrente (el grifo, por supuesto –me respondía a mí mismo).

No soy malo improvisando. Le dije en voz alta:

–Siento que te conozco desde que surgió el universo.

El eco de mi voz solitaria resonó por las paredes del baño. No oí su respuesta.

El agua, al caer, me regalaba su monotonía. Jugar con mi propia alucinación se estaba poniendo interesante. A lo lejos, pero muy adentro, yo todavía la sentía a ella -esta vez muy difuminada. Estábamos perdiendo el rastro el uno del otro.

Se me ocurrió preguntarle:

–¿Estás cerca de alguna especie de cascada?

Cerré la llave de la ducha, para confirmar que el sonido cristalino no provenía de mi baño.

Reconocí el trueno constante de una catarata. Sentí fresco mi cuerpo. Mi baño no tiene ventanas, pero el sol calentaba mi piel. Yo estaba allá con ella. Ella estaba acá conmigo.

–Soy Nadir –le dije. Casi extendiendo el brazo para darle la mano, pero me detuve un instante antes de sonreír por mi torpeza. ¿A quién pretendía saludar? ¿Al grifo del agua caliente?

Y entonces ella se esfumó. Me sentí sucio, solo y estúpido.

–Zeniliana –dije en voz alta. Pero no para llamarla, porque yo sabía que ya no estaba conmigo. Sino para recordar su nombre. Para no olvidarlo nunca.

Por alguna razón la policía nunca llegó para encarcelarme. Tenían otras prioridades a estas alturas de la catástrofe.

### TRES

El día en que conocí a Zeniliana había sido como el de Gregorio Samsa cuando se volvió cucaracha. Me habían invitado a presentar una ponencia en un foro sobre metodologías de medición de impacto del cambio climático. Desde que entré al auditorio, donde me esperaban unas quinientas personas, busqué a Cristina con la mirada. Quería que me viera lucir oratoria frente a mi propio público. No en su diván, como tantas veces, quejumbroso. Yo sabía que ella, directora de departamento, tendría que estar en primera fila. Acepté presentarme en público por ese único motivo. Pero me pasé al otro lado. Me exhibí con exageración, me comporté como un macho alfa. ¡Que vergüenza!

Me moví por el pasillo pavoneándome de ser el invitado estrella, saludé a unos alumnos con efusividad fingida y tono de voz muy alto, -les hice chistes de cajón sobre el clima caliente que había acabado con las buenas costumbres bogotanas- y subí las escaleritas hacia el escenario con agilidad de exitólogo en vez de parsimonia

de investigador experto. Temblé buscando unos documentos, tomé un trago de agua para la sed inaudita, me sonrojé como adolescente cuando, -en un ángulo de visión de cuarenta y cinco grados hacia abajo-, vi sentada a Cristina, a poca distancia; y de allí en adelante mis manos frías no dejaron de sudar hasta el final de la mañana, cuando Cristina salió del recinto para contestar una llamada en su holovisor de bolsillo.

Verla chateando en vez de escuchar mi discurso me puso furioso desde el comienzo. Y además ... ¿Qué sentido tenía ese foro? Me salí del tema. Subí el tono. Puse mi rabia al servicio de mi preocupación por la “Carta abierta de Clevel Maxcott a la Comunidad Internacional”, que habían publicado todos los periódicos internacionales y nacionales del mundo civilizado, con excepción de los informativos de Colombia. Nadie en Colombia se enteraba. Y si se enteraba se quedaba callado. En nuestro periódico digital más leído, apenas habían publicado una arrinconada crónica sobre su discurso en Londres, titulada “Clevel Maxcott y el estado actual del conflicto” como si la llegada de Agamenón y de Aquiles no fuera noticia de primera plana para los troyanos. Y ni siquiera se dignaban explicar la situación en los países vecinos. También se hacían los de la vista gorda sobre la repercusión en Colombia.

Seguí por criticar la pasividad de las universidades públicas, incluida la nuestra. ¿Era que nadie había leído en la holored que todos los medios nos habían mentido desde principios de siglo, porque nos

habían asegurado que la temperatura promedio del planeta no había subido dos grados centígrados más, conforme a lo pactado en París en el año 2016? ¿Ninguno de nosotros se atrevería a decir que el emperador no estaba vestido, sino desnudo? Casi grité que estábamos presenciando los albores de una hambruna mundial sin hacernos escuchar del gobierno, a punto de una ley marcial que amenazaba el sistema democrático. Dije que nuestro silencio demostraba que actuábamos por omisión, prostituidos por el financiamiento estatal. Demostré con cifras que no nos salvarían unas previsiones agroalimentarias arbitrarias y desactualizadas. Arremetí contra la opinión de varios climatólogos presentes, a quienes yo sabía que el Banco Mundial de Occidente les había untado dinero para arrojar resultados “científicos” optimistas. Pero me enfurecía todavía más ver que Cristina se hiciera señas con sus amigas de las filas traseras en vez de aplaudirme. Comencé a balbucear. Desesperado, le di gracias al departamento de psicología por su excelente labor de apoyo a profesores y estudiantes afectados por las circunstancias. Cristina puso cara de jugadora de poker como respuesta.

Afirmé que ningún plan de evacuación podría garantizar la supervivencia de estructuras sociales civilizadas por más de tres años –tomé como base de mi proyección las estadísticas más optimistas de distribución y ahorro de recursos. Intenté cambiar el tono a una modalidad menos trágica. Un arrebató de humor negro que improvisé para cortar el hielo tampoco

pareció gustarle a mi amor platónico. La gente se quedó en silencio. Por dos minutos nadie habló. Fue muy incómodo. Nadie se atrevía a aplaudir, para no expresar alegría, pero tampoco a lanzarme tomates, porque había dicho la verdad. Cuando el coordinador se rehízo el nudo de la corbata y se limpió el sudor que le escurría a goterones por la quijada, pidió que subiera al escenario el contra ponente, sin siquiera darme las gracias por mi intervención.

Volví a mi asiento. El nuevo expositor hacía su papel. Decía no sé cuáles sandeces sobre las ciencias sociales, como si no se estuviera evaporando el mundo. Entonces usé mi truco favorito para evadir la pena: echar globos. Me puse a imaginar cómo habría sido mi vida si hubiera decidido viajar sin patria por los cinco continentes, en vez de quedarme a teorizar y a pelear por quijotadas planetarias en esta esquinita provinciana de Suramérica. Mi padre y mi abuelo viajaron por el mundo, disfrutaron sus fortunas a sus anchas. Yo era un ratón de biblioteca. No había conocido mujeres aventureras por las cuales sentir nostalgia más tarde; ni había tenido hijos, con la excusa de no traer más consumidores a depredar la madre Tierra. Y ni siquiera había logrado una cita con Cristina, una miserable cita. ¡Dos años intentando convencerla de que mi obsesión por ella no era un reflejo edípico! ¿Habría podido intentar sobornarla con lujos, en vez de esperar que yo le gustara por motivos más dignos? Le pedía consultas, inventándole que yo tenía pensamientos suicidas, pero

sólo para poder escanearla con mi imaginación, de pies a cabeza; sobre todo de cuello a ombligo.

Y allí estaba. Se iba del teatro. Me hacía sentir una cucaracha. Detesté su pose académica y ejecutiva. No me echó ni una miradita. Me hundí en mi silla, como un limosnero principiante que se avergüenza de haber pedido moneditas y esconde tras la espalda el tarro vacío.

Cuando ya todos se habían salido del teatro yo seguí inmóvil en mi asiento. Suelo soñar despierto. Me puse a pensar en la muerte. Estaba en la fila de atrás, junto al extintor de incendios. El encargado del aseo me estaba pidiendo que saliera del recinto para que lo dejara hacer su tarea, pero yo no estaba escuchándolo trastabillar su cantaleta. Levanté la mirada. Me pregunté si podría jalarle esos bigotes anticuados que portaba debajo de unas gafas enormes. Parecía un buzo con todo y Snorkel. El simio siguió vomitando su jeringonza sobre mi cara, autoritario. Corroboré mi asco por el mundo que me había tocado vivir. Repasé toda mi vida en una milésima de segundo, como les sucede a los choferes de automóvil que ya ven venir contra ellos el camión que los aplastará en una carretera. Nada tenía sentido. Pensé que si tuviera los cojones me daría un buen almuerzo y bebería jugos de mango enlatados en el mejor restaurante, por caros que fuesen. Que abriría la caja fuerte y cargaría la pistola, tomaría un duchazo largo, contrariando la ley de ahorro de agua -no llevan a la cárcel a un cadáver por haberse duchado por más de los tres minutos semanales reglamentarios. Imaginé que las alarmas del edificio se prenderían. Eso me alteraría.

Esperaría hasta sentirme muy sereno. Y metería el cañón del arma en mi cerebro, en el ángulo correcto sobre mi paladar, con la boca bien abierta, para que la bala suicida llegara justo al hipotálamo y yo no quedara paralizado. Enseguida me arrepentí de mi ensueño. Pensé en desocupar mis cuentas y comprar diamantes para pagar un plan de escape de Bogotá hacia alguna colonia de refugiados *VIP*. No llevaría a Cristina a ese oasis. Esa sería mi venganza.

## CUATRO

### ***Cleavel Maxcott y el estado actual del conflicto***

*“Poco puede hacerse ya. Los pilares de la civilización han colapsado ”. Con estas palabras, a las 7 de la noche, hora de Greenwich, finalizó ayer su corto discurso el primer ministro británico, Cleavel Maxcott, tras cerrar en calidad de secretario la última sesión de debates sobre alternativas al conflicto mundial, a la que no había asistido ni el 30% de los parlamentarios. Los representantes confirmaron sin sorprenderse demasiado, pero visiblemente trastornados, que regresarían sin solución alguna a sus países de origen en los cinco continentes. Los argumentos pacifistas se*

*habían agotado tres días antes, cuando Chinorusia y sus aliados orientales declararon su derecho a invadir territorios colindantes para intentar proveer de agua y cosechas a sus nacionales.*

*La respuesta del mundo árabe, Israel y Estados Unidos no se hizo por medio de micrófonos: una hora después, toda la red mundial de emergencia atómica encendió sus sistemas de alerta roja. Pero se especula que cada país nuclearmente dotado solamente lanzará sus misiles hacia el territorio enemigo cuando ya hayan fracasado las estrategias de contención de invasores por medios convencionales en tierra y aire y con la exclusiva intención de exterminar que. Nadie desea volver radiactiva una zona que desea ocupar. El islám , el judaísmo y las tradiciones protestantes se han unido por primera vez en la historia, pero ya muy tarde en opinión de los analistas, para impedir el avance de tropas terrestres y de equipos de ingenieros agrohidráulicos. Suiza y los países bajos habían logrado permanecer al margen, pero la posición extrema China los obligó a aliarse. Tendrán que dar soporte balístico, monetario y de inteligencia a los aliados del Banco Mundial de Occidente.*

*Desde las ciudades-campamento a las que se han evacuado con debida anticipación los habitantes de las principales metrópolis costeras, que ya adoptaron el identificador electrónico como requisito para ser admitidos, no ha sido posible obtener noticias, pues la restricción de prensa sigue vigente. Pero son territorios presuntamente bajo control: excepcionalmente*

*governados por la ley marcial, algunos datan de los primeros hundimientos completos de archipiélagos polinesios y zonas costeras. Recordemos que fueron el primer signo reconocido de situación de no retorno en el cambio climático por elevación del nivel del mar ante el deshielo de los polos. Algunos tienen hasta treinta años de fundados.*

*Se siguen registrando migraciones terrestres y navales, masivas y asistemáticas, de todas partes hacia todas partes del mundo, como si las poblaciones no pudieran aceptar que realmente no encontrarán recursos por muy lejos que se desplacen. Todos los aeropuertos nacionales e internacionales con vuelos civiles han interrumpido el 99% de sus operaciones. Los mismos gobiernos, aunque tengan informes de inteligencia que indiquen que las rutas de desplazamiento no apuntan a zonas ricas en agua, se niegan a quitarles la esperanza a los despavoridos. Los ejércitos dividen sus fuerzas entre contener ataques invasivos y acompañar a las desordenadas huestes de civiles nacionales a invadir tierras vecinas. La liga africana insistió en que su posición será neutral y en que su prioridad seguirá siendo atender las epidemias masivas que la acosan desde que las lluvias incesantes no dejaron de azotar el océano índico ya hace veinte años, en el 2065, cuando comenzó a secarse el resto del mundo. Aunque tienen el recurso que a todos les falta, ya se ha agotado la voluntad política de crear un acueducto interoceánico para llevar el preciado líquido*

*a otros continentes, luego de tres fracasos generados por los tsunamis repetitivos que está creando el desplazamiento tectónico.*

## CINCO

Me hice exámenes. ¿Era una enfermedad saber que yo, ahora, era al mismo tiempo Zeniliana, en un lejano futuro? Toda mi vida he sido un hipocondriaco muy sistemático: al menor síntoma de cualquier tipo investigo en la red, sigo el método científico, elaboro hipótesis. Mis niveles de dopamina eran normales. Ni tenía embotamiento afectivo ni pérdida de la motivación. Las ideas delirantes suelen venir acompañadas de irrefutable certeza. No era mi caso. Dormía bien y no quería aislarme de la gente. En la universidad hasta me estaba convirtiendo en el alma de la fiesta –todos los colegas me lo decían. No tenía registros de factores de predisposición: ni trastorno bipolar, ni esquizoafectivo. También descarté la intoxicación por drogas y las enfermedades metabólicas. El análisis del evento no concordaba con los episodios clínicamente tipificados. No estaba al borde del sueño ni tenía fiebres altas.

Pero, aun así, podría estar mintiéndome a mí mismo. Necesitaba una evaluación externa. En mi

gremio era bien visto hacer por lo menos una visita mensual al psicólogo, por aquello de los riesgos profesionales del trabajo docente. Y yo venía cumpliendo con mis citas por los últimos dos años. La consulta era gratuita para todos los profesores de planta y los escotes de Cristina me motivaban a usar los servicios de apoyo que la universidad ofrecía a su cliente interno. No es que no le contara mi vida acostado en su diván, mientras fantaseaba con estar en una playa, rodeado de unas papayas gigantes que me ofrecían para morder. Pero ella me interesaba más que el psicoanálisis. Se salía del tema. Perdía la compostura profesional y hasta me confiaba asuntos personales. Aceptaba mi premisa de que la terapia no era para mejorar, sino para compartir la carga. ¿Quién, mejor que ella, para contarle sobre Zeniliana?

Me dirigí a su consultorio un viernes, decidido a contarle lo de Zeniliana. Me gustó que se hubiera quitado la chaqueta, tal vez por el sol excesivo, tal vez para que el destino me dejara verla con su franelita transparente. No le pedí que me ayudara a comprender mi intento de morir, sino la aparición de una mujer dentro de mi cuerpo. Pero muy pronto la conversación se puso tensa. Puedo reproducirla casi al pie de la letra. Con su voz de niña bien criada, hablándome lentamente, Cristina me dijo:

—¿No te parece que la tensión que te produce saber que tu vida y la de todos en Bogotá cambiará cuando evacuemos, no explica la aparición de voces en

tu cabeza? ¿No sabes que el estrés es un factor determinante en los episodios psicóticos?

—No, Cristina. Estaba muy tranquilo.

—¿Ni un poco de adrenalina?

—Créeme. Solo un poco deprimido. Pero no sería muy conveniente que te contara mis motivos.

—¿Otra vez me vas a salir con que sigues enamorado de mí? ¿No te expliqué que necesitas superar esa transferencia edípica?

—Yo no dije eso.

—Te inventas un amor imposible conmigo, para poder revivir tu mala relación con tu madre, Nadir.

—Allá tú. Pero dime lo que opinas sobre mi experiencia bajo el agua.

—¿Aparatos prendidos? El ruido de cascada pudo venir de un parlante.

—Tableta apagada. Holovisor de pared en off.

—Hoy en día nos bañamos por tiempos tan breves, que podemos delirar mientras nos ocurre.

—He delirado antes, pero esto no se sentía lo mismo.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Zeniliana. Ya lo busqué en línea. Y ese nombre no existe.

Además de ser psicóloga, le gustaba jugar a ser filóloga. Dijo:

—Zeniliana, cenil, senil, cénit... ¡Eso es!

—¿Entiendes lo que significa?

–Tu nombre es Nadir, el opuesto del cénit, el sitio que ocupa el sol al mediodía. “Ceni” es la raíz de “Zeni” liana. Ella apunta hacia el cielo, ella te salva.

–¡Ah!

–Buscas tu contraparte. Sientes que te hundes bajo el piso. Como esa vez que te soñaste que te chupaba la tierra.

La interrumpí. Puse tono de nostalgia:

– Si hubieras estado en mi lugar ...

Me alegré cuando Cristina me interrumpió, ridiculizándome tal vez, quizás celosa:

–¡Ella es para tí el sol del mediodía! ¡La aparición de la virgen!

Me quedé mirando hacia la ventana, en silencio. Cristina soltaba alguna parafrasada sobre los simbolismos de mis sueños, sobre las coincidencias de mi experiencia con algún paciente de Jung que se encontró con su “Ánima”. No me estaba comprendiendo para nada. Había estado sentada con las piernas cruzadas, quieta, pero mostrándome el muslo por la abertura lateral de la falda. Musité para mí mismo:

–Eternamente femenina...

Cristina guardó silencio, como para digerirlo todo un poco. Como si se le hubiera encendido el bombillo, dijo:

–¿Comprendes? Tuviste un encuentro con el arquetipo materno.

Le respondí, entre furioso y fanático:

–Te quedas corta. Me deseaba, me devoraba. Era venus, era Innana. Nos hemos anhelado desde hace milenios.

–Tu luz del mediodía. La menciona Campbell, la reseña Durand –dijo, con tono profesoral.

–Tendrías que haberlo vivido para comprenderme. Tendrías que sentir esta fiebre que me recorre. Ahora mismo y aunque no me de cuenta, está conmigo. Te mira desde mis ojos, te escucha y te compadece. ¡No sabes cuánto aprenderías sobre ser mujer si fuera tu amiga!

Dardo de burla dirigido al ojo izquierdo. Cristina me dice:

–¡No te conocía esos giros poéticos!

Frase de desprecio de mi parte en contragolpe:

–Tu sicología profunda no sirve para esto.

Como yo no comía cuento de sus referencias eruditas, Cristina acudió a un tono conciliador:

–Deja que pasen unos días. Con menos emoción de por medio, podremos comprenderlo mejor. Quiero que hagas unas lecturas. Te las enviaré a tu correo. Y tráeme por fin tu reporte del examen endocrino. La sensación de realidad guarda relación con el nivel de endorfinas. Pero podemos trabajar en esto sin tener que discutir si Zeniliana existe o no. Lo que importa es que esta experiencia le proporciona sentido a tu vida. Desde allí partiremos. Es muy importante que...

No la dejé terminar la frase. Ahora yo parecía el joven Werther:

–Zeniliana me conoce tal y como soy. Penetró en mí hasta el fondo. Y quiere que sigamos siendo un solo ser para siempre. Quiere...

–Bien. Maravilloso, Nadir. Estoy feliz por tí. Llevabas tantos años arrastrando tu aburrimiento y mírate ahora. ¡Si hasta el porte de tu cuerpo, la mirada te ha cambiado!

Me daba cada vez más rabia. La entrevista había sido todo un éxito, porque yo comprobaba que sí. Que sí creía en Zeniliana. Que no estaba dispuesto a que nadie retara mi nueva fe. Acerqué mi cara a la de Cristina, a veinte centímetros o menos, la miré fijamente a los ojos y le dije:

–Mírame muy profundo, siéntela. Es lo mejor de mí.

Más tonito de experta. Me responde, mientras echa hacia atrás el espaldar de su silla:

–Es como la etapa del enamoramiento, disfrútala. También se parece a la conversión religiosa. Muy útil en este momento de tu vida, Nadir. Me alegro mucho. Solamente procura lograr cierta distancia, no dejes que la emoción te domine. ¿Entiendes?

Quise comparar a una mujer con la otra, para que Cristina se ofuscara. Le dije:

–Tú no lograste ayudarme para nada, desde que vengo a psicoanálisis.

–Su poder es muy real, Nadir. Qué bueno – respondió, pretendiendo no afectarse.

–Sé lo que insinúas. Que ella no es real, pero que la evoque cuando quiera, si resulta terapéutico. Te equivocas.

–Luego ya podremos tomarlo con calma, darle un lugar a este regalo del inconciente colectivo, integrarlo a tu proceso.

Subí mi tono a la modalidad “ataque kamikaze”:

–Sigue repitiendo tu lección barata. Anda, sigue jugando a la sicóloga sistémica.

–¿Y a qué otra cosa viniste, a este consultorio?

–¿Te puedes desentender por un momento de tu bata blanca y escucharme con el corazón?

–Eso hago desde que empezamos, hace dos años –dijo por fin, subiendo, para mi placer, el tono.

Al toro hay que darle varias estocadas seguidas para que se sulfure. Por eso le dije:

–No. Nunca me oyes de verdad. Te sientas en tu pose inteligente y me etiquetas. Dices que no me catalogas, pero mientes.

Cristina, por fin, sube el tono, perdiendo la compostura profesional, -que era justo lo que yo buscaba. Me dice:

–¿Quieres que crea que una mujer del futuro se ha comunicado telepáticamente contigo?¿Solamente si digo eso puedes pensar que te comprendo?

–Nada maravilloso es posible para ti, Cristina.

–¿Y tú qué sabes de mí, Nadir? Las pocas veces que te he contado cosas personales, me has interrumpido para seguir quejándote de que el mundo no te haya dado el premio Nobel de la ecología, el premio Pullitzer de la

crítica social. ¿Te crees la gran cosa? Pues por eso mismo es que no te das cuenta de que muchas mujeres quisieran tener tu compañía: porque todas te parecen minúsculas, porque te crees un gigante.

Me encantó que se quejara. ¿Significaba que yo en el fondo le gustaba? ¿Qué sólo se había impedido a sí misma expresármelo, para guardar la ética profesional?

Pero me podían las ganas de seguir en la pelea. Me puse de pie. Si me hubieran visto desde algún edificio de enfrente, habrían visto la figura de un hombre que se movía de un lado al otro, gesticulando, levantando los brazos. Le dije, con voz de consejo:

–No vas a comprender a ningún ser humano, por muchos doctorados que sigas haciendo. Hasta que...

–¿Hasta que se me aparezca un extraterrestre, como a ti?

–Hasta que saltes al precipicio, Cristina.

Cristina acude al sarcasmo:

–Como tú, que ahora eres un contactado. El escogido de una diosa. ¿Y ya te dio la misión de salvar el mundo? Tengo cientos de pacientes así en la casa de reposo.

–Estás poniendo palabras en mi boca, que no he pronunciado.

–Pero ya las veo venir. Por favor, Nadir, no te cierres.

–No me cierro.

Ahora imploraba, como si yo le importara mucho: